

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 13 DE FEBRERO DE 1922

Nº 25

LOS NUEVOS IDEALES DE LA ESCUELA

POR ENRIQUE JIMÉNEZ NÚÑEZ

[Trabajo leído por su autor en una de las Asambleas de Inspectores de Escuelas celebradas en la Sala de Maestros de la Biblioteca Nacional, del 26 de enero al 4 de febrero de 1922].

AL tratar, en estas asambleas, de la exposición y discusión de los programas de las escuelas primarias, se han oído las más autorizadas opiniones acerca de los procedimientos que deben seguirse para la enseñanza de las matemáticas, de la lengua materna, de la geografía; hemos oído luminosas apreciaciones acerca de la importancia de la educación física, de los juegos, de la higiene escolar, doméstica y pública; de la importancia de los trabajos manuales, de la costura, del arte culinario; de la conveniencia de interesar al niño en todas estas cosas y capacitarle para que por el trabajo de sus manos pudiera ganar el pan cotidiano, adquirir hábitos de orden y economía, de comprender el papel importante del propio valer, del esfuerzo propio, productores de bienestar, poder y riqueza; de la importancia del arte en la educación, etc., etc. ¡Noble empeño el de esta digna Asamblea de Maestros, que consagra sus energías, desinteresadamente, al adelanto de la juventud,—porque no puede sostenerlos en su empeño de sacrificio la exigua dotación de que gozan los maestros en Costa Rica. Ellos han comprendido que en la escuela se forma el hombre, de ella sale la humanidad, ella cultiva, desarrolla y desenvuelve sus cualidades físicas, mentales y morales. La escuela es el gran instrumento del adelanto; ella puede acelerar la evolución y producir una humanidad más grande, más noble y más dichosa. Por este motivo, vengo a ofreceros la contribución de mis ideas con respecto a la trascendencia de la obra que puede realizarse en la escuela, con la esperanza de que muchos de vosotros simpatizarán con ellas y las llevarán a la práctica. Es posible que para otros ellas resulten fuera de propósito. Las expongo movido únicamente por el amor a la verdad y cumpla, al hacerlo, con un dictado de mi conciencia.

Tengo un respeto profundo por las opiniones y creencias de todos, pero

no me afectaría, en lo más mínimo, si las más, tomadas como piedra de escándalo, hicieran caer sobre mí el peso de una avalancha. No impongo, pues, ideas. Expongo.

Existe actualmente en todos los centros más evolucionados del mundo una tendencia, más manifiesta cada día, hacia un orden de cosas superior, hacia un pensamiento más elevado, hacia una más alta espiritualidad. Si se desconoce esta tendencia, si se le opone resistencia, se va a un fracaso inevitable. Esta tendencia a lo espiritual es un signo de los tiempos. Está cayendo actualmente sobre la tierra, como un rocío vivificante celeste, una ola de espiritualidad. Todo obedece a un plan divino, y cuando llega la hora de que este plan se realice, no puede nada oponerse sin fracasar. De esta verdad responde el movimiento espiritual que surge por todas partes; en las religiones, que se renuevan, en la filosofía, en el arte. La ciencia misma que se preció de materialista en el siglo pasado, está tocando los confines de lo espiritual con sus descubrimientos de la radioactividad; con sus estudios acerca de la estructura íntima del átomo, sus corpúsculos o electrones y átomos ultrarrimos o torbellinos de la sustancia-energía primordial única; con la realización de la permutación de las sustancias, proclamada por los alquimistas; con el descubrimiento y utilización industrial de las acciones llamadas catalíticas; con el estudio de los hormonas y vitaminas; con el descubrimiento de la vida de los coloides y su influencia en la de los animales y plantas y muchas cosas más, que os son sin duda familiares. El materialismo llenó su función. Ya su hora pasó. Un pensamiento nuevo,—y tan antiguo como el universo,—se está manifestando ahora, bajo un nuevo aspecto; una nueva raza de hombres más perfectos se está formando,—a nuestra vista,—en varios lugares de la tierra; las tendencias sociales se

orientan por nuevos derroteros; una hambre y sed de justicia se siente en todos los corazones; una corriente de amor se inicia y se extiende; un ideal más alto de vida se esfuma y comienza a cristalizarse; los pueblos claman por la paz, la fraternidad y el amor, sintiendo que este sería el advenimiento del reino de Dios sobre la tierra; por todas partes se siente el ansia, por algo nuevo, que no se vé, pero se presiente, que se necesita; parece que del corazón de todos los hombres sensibles saliera un grito, pidiendo la llegada de algún Instructor Divino, que viniera a señalar el camino a la humanidad vacilante, que se despoja de lo antiguo, y quiere entrar por un derrotero nuevo más seguro y luminoso.

En muchas partes hay todavía la tendencia a conservar lo antiguo. Eso fué bueno, llenó su finalidad. Ahora se necesita lo nuevo. La tendencia general actual de la escuela es a preparar al niño para la lucha por la existencia; es hacerle fuerte, impulsivo, capaz de vencer dificultades, de sobreponerse a otros, de conquistar el mundo; es desarrollar su personalidad y la personalidad colectiva de su nación, fomentando el sentimiento del patriotismo. Todo esto se necesita,—*mens sana in corpore sano*,—pero que esto no sirva para desarrollar solamente en el niño el sentimiento de la separatividad y el egoísmo; para desarrollar solamente el yo inferior, con su vanidad, y su orgullo, aun cuando él se funde en altas cualidades de la mente. Esta tendencia es la que ha producido el egoísmo reinante; la desigualdad social desproporcionada; el lujo desenfrenado y la molicie de unos pocos en frente del hambre y las lágrimas de las multitudes; el trabajo mal retribuido; el dolor y la desesperación reinantes por todas partes; el odio entre individuos y naciones; la paz armada, la guerra desencadenada, con todos sus horribles refinamientos, realizados mediante las matemáticas, la ciencia y el arte que se enseñaron en la escuela. La escuela que desarrolla y capacita al niño para la lucha por la existencia, que le infunde ese principio,—falso para el hombre,—de la supervivencia del más fuerte, desenvuelve la ambición del niño y le hace creer que el fin de la vida es la riqueza, como medio de obtener placer y poder.